

Al cuidado de Julián Marchena

Se ruega tomar nota de que invariablemente no será publicada ninguna colaboración que no haya sido solicitada, ni se hará devolución de originales.

RICARDO JIMENEZ

Se coleccionan en este tomo algunos de los escritos fundamentales del más claro expositor del espíritu democrático costarricense, que fue el más brillante instaurador y mantenedor de las ideas republicanas en el país; y el paladín más bizarro de la cultura política y de la libertad civil del ciudadano, don Ricardo Jiménez Oreamuno.

Se refiere el autor al opúsculo que con el título de Selección de Artículos originales del Prúcer, publicó en 1946. Durante más de medio siglo actuó don Ricardo en los asuntos públicos y siempre con gran relieve y brillo. Fue, a más de Presidente de la República en tres periodos alternos, Presidente del Congreso Constitucional y de la Corte Suprema de Justicia; distintas veces Secretario de Estado y Diputado al Congreso por varios periodos por las provincias de Cartago, Alajuela y San José; Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Costa Rica ante gobiernos extranjeros, y ante el de México, en excepcionales y gravísimas circunstancias, cuando la guerra de Barrios, no teniendo más que veintiséis años de edad, llevando la representación de los gobiernos de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica; Municipales de las ciudades de San José y Cartago; abogado, escritor, orador, ensayista, profesor de la Escuela de Derecho, Presidente del Colegio de Abogados, escribiente de alcaldía y de juzgado. Su vida pública es la más extensa que haya habido en Costa Rica; se inició en el año 1888, y terminó con su muerte en 1945, es decir, duró sesenta años. Al cabo de ellos había sido declarado hijo adoptivo de las ciudades de Alajuela, San José y Puntarenas, Bachiller Honoris Causa del Colegio San Luis Gonzaga de Cartago y por el Congreso de la República, Benemérito de la Patria.

Fue ejemplar y digno servidor en todos los puestos públicos que desempeñó y extraordinariamente brillante en todas las actividades a que consagró su vida. Fue un varón excepcional de la República, noble caballero en su vida privada, magistrado austero, hombre de Estado de singular relieve, y tuvo, para gloria suya bien de su Patria, los favores del talento, la cultura, el carácter y la sencillez en grados no comúnmente alcanzados por los hombres. Llegó a ser en vida el Padre de la República y su consejero; que siga siendo el mentor del ciudadano y el maestro de nuestras juventudes.

OBJETIVO DE ESTA PUBLICACION

Tiene por objeto esta publicación poner al alcance de los costarricenses unos pocos de los escogidos escritos del señor Jiménez que puedan ser, en cierto modo, complemento a la Cartilla Cívica que escribiera para educación del ciudadano. En ellos se encontrarán interpretaciones de la doctrina republicana, concepciones y decisiones de hombre de gobierno y numerosas ideas políticas, expuestas en la forma fácil y clara en que fue maestro inigualable don Ricardo. Se trata, pues, de divulgar por este medio lo mejor de la obra del más grande estadista de nuestra patria.

En enero de 1945 murió don Ricardo. Al abrirse la tierra para guardar sus despojos se celebraron las agitaciones pasionales que él, como todo caudillo político, provocara. Partidarios

y adversarios se silenciaron reventados ante su tumba. Hoy, cuando no es líder de grupo, cuando el beligerante ha caído para siempre, ya no pertenecen ni su nombre ni sus obras a sector determinado. Desaparecidas las banderías en torno suyo, se ha convertido en un valor representativo del pueblo al que quiso servir con lo mejor de su ser, su inteligencia y su cultura luminosa. Espigando en la vasta cosecha del político y del maestro expositor, dejando de lado la paja vana de su obra, desdefiando lo oportunista y momentáneo, que pudo ser brillante pero que fue pasajero, se ha tratado de reunir en este tomo parte de lo que no morirá, es decir, lo permanente, lo que es doctrina e ideal, lo que ha de servir al ciudadano, al maestro, al político o al gobernante.

Se comprenderá que es interesante para todos los costarricenses, y en forma especial para los que se preocupen por los asuntos públicos, que la enseñanza de don Ricardo se colecciona en la forma en que se empieza a hacer mediante este primer tomo. Esa enseñanza podrá servir a muchos en muchas ocasiones, ya que es la interpretación que diera un gran repúblico y un buen gobernante a problemas fundamentales de la nación. Las interpretaciones y las decisiones de don Ricardo como gobernante o conductor político fueron aprobadas por el tiempo y por su pueblo. En muchos casos merecieron elogio y admiración del extranjero y sus periodos de gobierno contribuyeron grandemente a enaltecer el nombre y la fama de nuestra democracia en el concierto de los pueblos del mundo hasta llegar a colocarla entre las ejemplares.

EL LIDER

Como simple jefe político, abanderado de un partido, don Ricardo no interesa a estas páginas.

Sin embargo, no puede dejar de consignarse, en una nota que se refiere a su personalidad, el nombre pero que tuvo este ciudadano en la resolución de los problemas públicos durante largos años, llegando a ser, en buena parte de ellos, el árbitro supremo y decisivo de las más importantes resoluciones, con una preeminencia que ningún otro costarricense ha tenido. Des de el poder o desde la llanura popular su voz era escuchada, solicitada y esperada por el país, y en casi todas las ocasiones acatada. Por eso pudo decirse que mientras vivió, "la república estaba confiada y tranquila".

Fue ejemplar hasta en su manera de hacer política. "No es que el país me diga, decía, es que yo pongo el oído atento al latir del corazón del pueblo y así conozco sus sentimientos y sus ansias y me coloco lealmente a su servicio". Ninguna de las tres ocasiones en que llegó al poder tuvo la ayuda o la simpatía del gobierno que precediera al suyo. "Ni tuve apoyo oficial para llegar a la Presidencia, ni testé el Poder a favor de nadie", escribía defendiéndose de cargos después de su tercer término de gobierno. Y desde su primera Administración sostuvo que "así como el sol se levanta desde la llanura del horizonte para ganar el cenit, así en la democracia el gobernante debe levantarse desde la llanura popular para alcanzar el Poder".

Uno de los secretos de sus

buenos éxitos fue el de conocer mucho a su pueblo, en medio del cual vivió en campechana sencillez. Era atento, sin prodigalidad; su cordialidad no se manifestó efusivamente; no halagaba ni elogiaba sino en contadas ocasiones; ganaba afectos con sus discursos, sus escritos, sus campañas, sus reportajes y su conducta. Ni pasaba la mano a las gentes, ni se la dejaba pasar. Como conocía mucho a los hombres despreciaba profundamente a los adúladores, ponderaba al adversario y se inclinaba ante el mérito. No tenía círculo. "Lo primero que debe aprender a decir un Presidente es no, y sobre todo a los amigos", escribió.

Hizo como líder popular una política alta, poco común en nuestro medio. No solicitó jamás adhesiones ni votos. Jamás fue pródigo en ofrecer el suyo, pero cuando se incorporaba a una causa la defendía vigorosamente.

Fue un luchador tremendo y un polemista invencible. En el debate estaba su fuerza y pegaba, pegaba otra vez y volvía a pegar. Se desarmaba sin embargo, con cualquier acto gentil o gesto noble de su contrincante y no tenía inconveniente en olvidar agravios. Cuando se reconciliaba, decía que había olvidado todo lo que fuera penoso entre él y su nuevo amigo, y sólo recordaba las buenas cosas que habían hecho juntos. Enemistado, y sin perdonar a sus adversarios, los defendía cuando creía que otros los acusaba injustamente. Tenía algo de los ingleses que siempre se ponen al lado del perro que está de abajo.

EL POLITICO

En todo político, por austero y levantado que sea, hay algo de "político". Y es que, ya situado en la lucha de banderías, no es el sólo a dirigir su partido en el que se agrupan muy diversos intereses. Abandonemos lo que tuvo de político don Ricardo y miremos al político en la noble abstracción del vocablo.

Las inclinaciones espirituales del hombre reflejan su propio espíritu. Liberal democrático, se inspiraba mucho en el ejemplo de Lincoln que siempre fue para don Ricardo, el más grande y bueno de los hombres. Prefería la sencillez de Washington a la aristocracia de Bolívar. Admiraba el talento político de Bismarck; pero condenaba su doctrina imperialista. De Francia le seducían el arte, la gracia la expresión literaria; pero no soportaba el orgullo del francés ni la vocinglería de sus políticos. Prefería la expresión sobria de los ingleses y el practicismo de los norteamericanos. Seguía con gran atención el desarrollo social del mundo, la revolución rusa y se había declarado entusiasmado con el plan Beveridge que conoció en el último año de su vida.

Partidario outrance del sufragio universal, tenía ciega fe en el voto secreto como garantía de libertad y creía que la elección de las principales autoridades y del cuerpo legislativo debía hacerse por medio de legítimas y claras consultas al pueblo. Pero pensaba que la dirección de la política gubernamental y la administración debían estar en manos de ciudadanos distinguidos o especializados, mientras gozaran del endoso de la mayoría de la opinión pública. Le placía mucho el régimen parlamentario por lo que tenía de debate y de manifestación de



RICARDO JIMENEZ
Costarricense
(1859—1945)

Nota aclaratoria: este material ha sido modificado de su versión original para su restauración y conservación.

critérios. Y todo esto dentro de la mas amplia libertad de crítica y discusión.

Defendió con renovada fe la igualdad política de los dos sexos abogando por la promulgación del voto femenino.

En las tres ocasiones, una vez electo Presidente y en posesión de su cargo, se olvidaba de la lucha y de sus incidencias, convirtiéndose en el servidor de la nación y tratando por igual a todos sus connacionales. No compartía la idea de que el presupuesto fuera el botón de la victoria electoral; conservaba en sus puestos a servidores idóneos que no habían sido sus partidarios y esto llegó a hacerlo aun en cargos delicados, como los de Secretario del Estado (caso Dómines Segreda), Comandante Militar (caso Coronel Cantamiglia), jefe de la Contabilidad Nacional (caso Echandi), y numerosos más en todas las esferas administrativas.

Explicó todas sus actuaciones, respondió públicamente a todas las citas y se defendió de todas las censuras y cargos por medio de la prensa. Del mismo modo y usando el mismo método impulsó los proyectos del Ejecutivo presentados al Congreso, enterando ampliamente de ellos al país y a los diputados, defendiéndolos, acogiéndolos, cuando le parecían buenas, las iniciativas propuestas por los diputados, sin fijarse en el color político del autor, o combatiéndolas con empeño y tesón hasta dar con ellas en tierra.

En las elecciones que se efectuaron bajo su Presidencia, seis en total, procuró por todos los

medios ajustarse a la ley buscando la imparcialidad de las autoridades, destituyendo a muchos que servían puestos, por notorio abuso de su posición que ponían al servicio de sus inclinaciones políticas, y teniendo como galardón el que los partidos de oposición derrotaran al de sus amigos en muchos comicios provinciales porque ello era prueba de que el poder no extorsionaba ni presionaba sobre la libre voluntad del elector. Otro detalle que repetía complacido era el de haber logrado victorias parlamentarias con el concurso de los representantes de los partidos adversarios y de que, andando su presidencia, enemigos fogosos y declarados de su elección concluyeran entendiéndose con él o arrojándolo francamente.

Muy celoso fue siempre del manejo de los caudales públicos, estableciendo los métodos de licitaciones públicas adjudicadas a los mejores postores, el de amplia publicidad de los gastos y el uso del crédito nacional con cautela y decoro, atajado todo abuso y siendo enemigo de complacencias y granjerías, así como de nepotismos o de pagar cortesías así a favor.

Sus mensajes al Congreso, sus declaraciones públicas, sus discursos, de gran sencillez y de claridad diáfana, siempre tenían un toque de elevación, un encanto de ideal y en ellos aparecía siempre, como un llamado a la conciencia, a las virtudes del civismo, del amor a la patria, de la dignidad nacional y

—(Viene de la Pág. 33)—
la consagración de las instituciones de la República y de la esencia pura de la democracia.

EL HOMBRE

Fue siempre imponente. Inspiraba respeto y confianza. Tenía algo de patriarca y de viejo general campesino. En general desconfiado, cauteloso, pero cuando se daba a las gentes lo hacía por entero. Era sincero y apasionado. Calculaba con frialdad extraordinaria y tenía poca ventura al juzgar a los hombres; muy comúnmente apreciaba en más o menos su valor y luego, pasado el tiempo, se lamentaba. "Ese diablo me engañó como a un chino", solía decir. Era irónicamente generoso para los pecados ajenos. La adulación le sabía mal y lo predisponía contra el adulador. Prohibió los homenajes al Presidente en ejercicio, tales como bautizar calles, escuelas, etc., con su nombre, o colocar su retrato en oficinas públicas. Rechazaba fiestas o actos en su honor, sobre todo de "subalterno". "Dejemos ese banquete para cuando salga de la Presidencia a ver si entonces siguen pensando ustedes que yo lo merezco", dijo a la comisión de una provincia que lo invitaba a un "agasaño". "¿Fullano dice usted? No se engañe. Ese no es mi amigo. Es amigo del Presidente", exclamó en determinada ocasión.

Tenía grandes virtudes: oía y se informaba. A sus íntimos les pedía opinión sobre todos los asuntos de gobierno, fuera o no Presidente, y era muy preguntón. Rectificaba en cuanto se convenía de que no estaba con la razón o con la justicia. "Pre-

fiero que digan que cambio de opinión, antes que piensen que me caracteriza la testarudez del asno. Sólo los tontos o los enredados persisten en sus errores".

Poseedor de la difícil facilidad de expresión, lo entendían el letrado y el ignaro. Era claro como el agua pura en sus exposiciones. Ayudado por una memoria prodigiosa y una viveza intelectual aguda, traía a cuento anécdotas, dichos, expresiones, imágenes y proverbios de sabor popular, lo mismo que refranes, frases, cuentos y giros de la más escogida literatura, con lo cual brillantaba sus escritos y declaraciones, reforzando poderosamente su discurso, dándole expresión extraordinariamente viva a sus argumentos. Así, era un polemista tremendo, demoleedor, persistente, que tocaba al adversario y lo trituraba enseñuida; si no lo seaba mañosamente de sus posiciones para llevarlo a las que le eran favorables. Como Napoleón, daba las batallas en el terreno que él mismo escogía. Sus frases y dichos cobraron celebridad y muchos de ellos son repetidos con gran frecuencia. Era tal su fuerza como publicista, que la lectura preferida de los costarricenses, amigos o enemigos suyos, eran sus declaraciones y sus artículos.

En la intimidad era dulce, grato, un conversador extraordinario y un narrador feliz. Sobre todo, era de una elocuencia rayana en lo sublime cuando algo lo exaltaba. Leía mucho, leyó siempre, en inglés, en francés, en español, libros, revistas y los periódicos de cabo a rabo.

Por un lado era político. Por el otro, ganadero, apasionado del tiempo y sus labores.

DON RICARDO

Cuando murió don Ricardo se hizo en el país como un gran silencio.

No hubo, sobre su cadáver, ni discursos, ni músicas fúnebres; las mujeres, por primera vez, disputaron a los hombres la piadosa tarea de llevar en sus hombros la caja mortuoria; no hubo estancias, no hubo pompas oficiales; se respetó su voluntad. En el cementerio oyó la multitud silenciosa la cucharama del enterrador al batir la argamasa en su batea y al chocar con los ladrillos que iban cerrando el nicho modesto; "no quiero sobre mi tumba otro ruido que el de la tierra, al ir cubriendo mi atadú".

No hubo otro ruido, sino ese y un murmullo lejano de palabras a media voz. Sobre aquel silencio imponente parecía que abriera sus puntos una enorme interrogación. Desapareció don Ricardo, ¿quién podría ocupar su puesto? Nadie sólo murmurar un nombre. Nadie penso en aquella herencia. El silencio que sobrevino, fue como un profundo silencio de vacío.

Hay está en la tumba sus huesos y las cenizas de su carne mortal. Pero en el corazón de los costarricenses vivirá por siempre lo mejor de don Ricardo: sus obras y su ejemplo. Esa enseñanza, ese ejemplo, serán inextinguibles. A medida que pase el tiempo y la seriedad del juicio se haga más difana, más crecerá la figura de ese primer ciudadano de la patria. Le amó y la honró. Buscó su bien y le dio gloria a su nombre ante propios y extraños. Mucho se enorgulleció él de su Costa Rica. Hoy Costa Rica se enorgullece justamente de haberlo tenido.

Joaquín Vargas Cole

Francisco Sánchez-Castañer, ahora que se nos va el invierno, en esta primavera sin exámenes que está llegando, quiero recordarte y decirte tristemente todo mi desaliento. Ya nunca podré ser el que no quise ser cuando pude serlo.

—Corpus Domini nostri Jesu Christi—, yo me acuerdo de un fuego distinto por las venas, y en los ojos el arrepentimiento.

La memoria del aire está en el aire, la del sueño en el sueño. La cigüeña en lo alto de la torre, la torre en mi recuerdo. La torre en mi recuerdo solamente. ¡Mi infancia está muy lejos!

Terrible profesor de Preceptiva

—traje cruzado y negro—, con tiza ibas cortando en la pizarra las sílabas de un verso. Los ojos se me iban, distraídos, al naranjal del huerto; en el huerto aquel que a veces se asomaba a la clase —riendo—

por las altas ventanas, ¿las recuerdas? Más que tu voz, el eco de tu voz me rompía en mil pedazos la tentación del huerto.

(Póngase de rodillas, Montesinos. ¿Qué estábamos diciendo?)

Ya ves, entonces un endecasílabo me valía un suspenso. Yo prefería entonces, y quién sabe si ahora lo prefiero, la paz aquella que tenía el patio perdido del Colegio, el patio sostenido por columnas de mármol y silencio...

Terrible profesor de Preceptiva, a mi infancia me vuelvo.

Me vuelvo, sí, porque también ahora, por distraerme, tengo de rodillas el alma. La esperanza, ayer tarde se ha muerto. No culpo a Dios, ni a nadie, de mi vida. Tuvo la culpa el viento, que no me borró un nombre en esta negra pizarra de mi pecho.

Rafael Montesinos
Español
(1920)

PAISAJE

En la paz de la hondonada umbría, dos zagales andan encurvados segando el trébol oloroso y húmedo, y entre el verde de la hierba las hoces brillan, con extraña ferocidad. Un asno viejo, de rubio pelo y largas orejas, paca gravemente arrastrando el ronzal, y otro asno infantil, con la frente aborregada y lanosa y las orejas inquietas y burlescas, mira hacia la vereda, arguido, alegre, pícaro, moviendo la cabeza como el botón de un rey.

Las ovejas llenan el camino y pasan temerosas, con un dulce balido, como en las viejas eglogas. Los pardales revolotean a lo largo y se posan en bandadas sobre los valladares de laurel, derramando con el pico el agua de la lluvia que aún queda en las hojas. En una revuelta del río, bajo el ramaje de los álamos, que parecen de plata antigua, corre un molino. El agua salta en la presa, y

la rueda fatigada y cándida, canta el salmo patriarcal del trigo y la abundancia: su vieja voz georgica se oye por las eras y por los caminos. La molinera en el alto del patio, desgrana mazorcas, con la falda recogida en la cintura y llena de maíz, grita desde lo alto, al mismo tiempo que desgrana: —¡Suras!... ¡Suras!...

Y arroja al viento un puñado de fruto que cae con el rumor de lluvia voraz sobre secos follajes. Las gallinas acuden presurosas, picoteando la tierra. El gallo canta... Dos aldeanas salmodian en la cancela del molino: —¡Santos y buenos días! La molinera responde desde el patio: —¡Santos y buenos nos los dos Dios!

RAMON DEL VALLE-
INCLAN
Español
(1880-1936).

JUAN EL MENDIGO

Juan el mendigo, ilustre compatriota, que lleva de un sendero a otro sendero su barba hirsuta y su mirar de idiota, no es un cerro a la izquierda, un pobre

De la ciudad, inútil fugitivo, sale como un mochuelo sin olivo, sin dejar de su paso ni una huella,

(cerro. para luego tomar con su tranquila botella de agua dulce en la mochila. ¡Y es ron blanco lo que hay en la botella).

Luis Carlos López
Colombiano
(1881 - 1951)

Fue músico ambulante en su remota juventud. Y actualmente, pardiosero vagabundo, tan sólo da una nota falsa si encuentra un rico gallinero...

MEDITACIONES SOBRE LA ESCULTURA

La escultura, como la mayor parte de las actividades humanas, es una arma de defensa que tenemos contra el tiempo, es decir, contra la destrucción y la muerte. Los escultores egipcios fueron los primeros en buscar y lograr la verdad expresiva del retrato, para que el difunto (rico) pudiera fácilmente ser reconocido por los dioses, el día de la resurrección final. Los escultores antiguos y los modernos cincelaron los simulacros de la divinidad para que cada día los hombres pudieran recordarla y reverenciarla, con el fin de obtener una protección válida en la tierra y la promesa de una felicidad eterna. Esculpiron también las estatuas de los héroes, de los poderosos, de los genios y de los santos, para asegurarles una apariencia de inmortalidad terrestre a aquellos que sobresalieron, como pastores y guías, por encima del rebaño anónimo de los mortales. Ya sea sacra o glorificadora, la escultura fue siempre nuestra petrea y metálica auxiliadora para aliviarnos el horror del fin.

Aun más que las otras artes es vendeda de prórroga y super-vivencia. La pintura nos resulta una revelación y a menudo un redescubrimiento del mundo sensible, esto es, un remedio contra la ceguera reincidente que es hija, en los más, de la costumbre; la música es transmutación ya suave, ya violenta, del ritmo y de la tempera-

ra del alma. La escultura, como todas las artes, crean un voluntaria de la belleza transfigurante, pero su oficio, digámoslo así, super-real, sencillamente es el de oponerse, hasta donde sea posible, a la sotarrona, pero constante densiva de la muerte, del tiempo que todo lo degrada, destruye y consume.

Por eso mismo es el arte más íntimamente ligado al hombre, a su aspecto, a su rostro. A la escultura le está vedado el color aunque no el juego de las sombras—, la representación de la naturaleza. Se vuelve y se dedica por entero al hombre, sólo al hombre, a la forma de sus miembros, de su fisonomía, de sus actitudes y movimientos. Es el arte del hombre, el que más tiene que ver con la persona y con la figura del hombre; es el arte humano y humanista por excelencia. Poca cabida tiene en él la deformación y mucho menos las esdrazadoras libertades del abstractismo. Los trastos mecánicos de Arcepinco y los pedreños mal horadados y redondeados de Moore son para los abricocai de la moda, pero no verdadera escultura.

En ocasiones, intentó rivalizar este arte con la pintura; la pintura, a su vez, especialmente con Miguel Ángel y con los incensivos miguelanfeñistas, se intentó por aproximarse a la escultura. Pero la escultura permaneció y permanecerá siempre circunscrita en su poderosa e independiente desnudez. Reducida a la figura huma-

na; privada, casi siempre, de la magia del color, de la variedad, de las cosas naturales, la escultura no pudo renovarse sino persiguiendo lo que a ella parecía negado: el movimiento. La estatua—sobre todo si se la compara con la poesía y con la música— parece inmóvil por esencia, estable y firme en su mole grave. En todas las tierras y en todas las épocas, la gran crisis, o renovación, de la escultura consiste en la conquista de la expresión y del movimiento. Desde las imágenes estáticas y solemnes de los Faraones de las antiguas dinastías se pasa al hombre vivo que camina, como en el famoso Alcalde de la aldea. De las figuras heréticas de Olimpia y de Delfos se llega a las composiciones dramáticas del arte helénico. De las obras maestras espirituales, peo ordenadas y fijas de la escultura gótica de las catedrales hemos alcanzado, con el andar del tiempo, a la Santa Teresa de Bernini y a las contorsiones y retorcimientos de la escultura barroca. Estos cursos y vaivenes—búsqueda de la luz, del pathos, del movimiento— hacen de la escultura uno de los capítulos más apasionados contenidos en el libro, aún no escrito, de las tentativas humanas por salvar los límites de lo posible.

GIOVANNI PAPINI.
Italiano
(1881-1956).